

sible gloria á la creacion de la Universidad é impresion de la Políglo-ta. El año 1800 comienza á lucir, y con él el siglo XIX, paréntesis entre ayer y mañana, eslabon que unirá la cadena de las generacio-nes que fueron con las que han de ser, puesto que separa á la vez que une al señor feudal y absoluto monarca con el pueblo libre y el rey constitucional, á la sociedad que domeñara el hierro para labrar la cadena del cautivo ó la flecha y máquina destructora, con la sociedad que le funde para unir en metálico camino los pueblos más apartados, empequeñeciendo al mundo, y ora deslizándose por él en elegante máquina de vapor, ora meciéndose en las olas del Océano, blindando airoso buque para llevar de uno á otro confin, no la cade-na de la servidumbre y la esclavitud, sino la libertad del hombre, la ciencia escrutadora libre de mordazas, el progreso, las bases, el bien-estar de la gran familia humana.

Siglo inquieto, siglo guerrero, siglo de la inconstancia que hoy destruyes para edificar mañana y destruir tu obra á la siguiente au-rora; siglo en que el hombre ha sujetado á su voluntad el rayo y el vapor, que ha penetrado en las entrañas de la tierra oradando las más altas montañas, que has unido apartados mares, surcando en anchu-roso canal el istmo Suez, y despues de haberte hecho paso por el Pi-rineo y los Alpes, perforarás el lecho del canal de la Mancha, y cru-zarás con tus blindadas embarcaciones el desierto de Panamá; siglo en que han sido reconocidos sus derechos al hombre y devuelta su libertad á millares de esclavos, en el cual nuestra nacion querida ha sostenido titánica lucha de independencía y gloriosa campaña allende el Estrecho, teatro en diversas épocas de fratricida lucha entre las pasadas y nuevas ideas; ¿dí, siglo XIX, tú que has llegado á la meta del progreso, tú que has finiquitado grandes ideales de la humanidad, y haces esfuerzos, y te jactas de preparar el camino que conduce ó ha

de conducir al gran ideal de la unidad humana, pasarás á la historia para ser maldito de las generaciones vinientes? Quién pudiera leer en el libro de lo porvenir, quién sabe si las generaciones vinientes tendrán que correr un velo sobre tu existencia, porque si es cierto que las legas los grandes progresos materiales, no es ménos cierto que, materializadas y positivistas como están tus entrañas y son tus aspiraciones, tendrás por enjendro una sociedad enervada y cobarde, indiferente y materialista; empero dejemos á la historia general el fallo en juzgar á este siglo de las anexiones y conquistas, y concretémonos á examinar los sucesos que en los años transcurridos atañen á nuestra ciudad.

Densos nubarrones cubrían el horizonte europeo al comienzo del siglo XIX, que el tratado de Amiens desvaneció en parte, pues en realidad solo era una tregua entre las dos poderosas naciones que perturbaban el continente. Una, para dominar el mundo con su espíritu de innovacion y conquista; la otra, para impedir tales desig-nios, que, de realizarse, la hubieran aislado en medio de los mares. Rápidos surgen los sucesos en los primeros días de nuestro siglo, y la España deficiente de aquel tiempo, habia de servir de juguete al gran dictador de Francia, regando en abundancia el suelo con su sangre, en cruenta y gloriosa expiacion de su política vacilante y débil. Bonaparte coloca un campamento amenazador en Bayona y exige á nuestra nacion adopte favorable y franca actitud hacia Francia, que los buques ingleses no entren en los puertos españoles ó, en cambio de consentir en su neutralidad, se le pagase un subsidio. Muchas y apremiantes contestaciones mediaron sobre este asunto, exigiendo Napoleon la destitucion de los gobernadores de Cádiz, Málaga y Algeciras, que habian permitido la captura de buques franceses, y, finalmente, que en una semana se declarase la guerra á Ingla-

terra, dirigiendo un ejército contra Portugal y otro á Gibraltar, ó satisficiese mensualmente un subsidio de seis millones, de los que habia de pagar cuatro, deteniendo el resto en depósito. El secretario de la embajada, M. Herman, trajo además de este ultimatum una carta del primer cónsul, en la que se ponía al rey en la alternativa de franquear el paso por su reino á un ejército francés, ó de retirar su confianza. Beurnonville presentó además otro pacto, más extenso y humillante, que tambien fué aceptado con la esperanza de que el embajador Azara en Paris pudiese arreglarlo, siendo inútiles sus esfuerzos, habiendo de suscribir el tratado que irrisiblemente, y por escarnio, se llamó de neutralidad, accediendo á la separacion de gobernadores, obligándose á reparar y armar los buques franceses que entrasen en el Ferrol, Coruña y Cadiz, pagando el subsidio de seis millones mensuales y reduciendo á Portugal á pagar uno, para prevenir lo que pudiese ocurrir en caso de guerra entre aquel pais y Francia, concediendo además libre paso á las manufacturas francesas destinadas á Portugal. Tal era la postracion y desaliento de la nacion española, tal la debilidad de su gobierno.

Napoleon, que así humilló al pueblo hispano, se corona Emperador de Francia, una vez sofocada entre torrentes de sangre la conspiracion realista entre Cadoudal, Pichegru y Moreau; los colegios electorales le dirigen exposiciones para que cña la corona, el ejército le proclama, el Senado declara hereditaria su familia, en 18 de mayo de 1804, poniendo á sus piés tres millones y medio de votos que lo sancionan, y más tarde, en 2 de diciembre, Pio VII, con suntuosa pompa, unge la frente de Napoleon en nuestra Señora de Paris. Europa aplaude el cambio regocijada, creyendo ver una garantía de orden, desconociendo los principios que significaba, reconociéndole todas las naciones menos Inglaterra.

No hemos de citar los sucesos que siguieron á la coronacion de Napoleon, pues no es nuestro propósito, tales como la alevosía cometida con las fragatas que venian de Rio de la Plata, el tratado de Paris, por el que se echaba España en brazos de Napoleon y se comprometia á tener armados y dispuestos por seis meses á las ordenes de aquél, treinta navios, la gloriosa desecha de Trafalgar y la defensa que con sus propias fuerzas hiciera España del nuevo mundo, contra los ataques de Inglaterra.

Napoleon, despues de pasear triunfantes sus banderas por el continente europeo, fijó su vista en la empobrecida nacion española, á quien pasó una enérgica nota, para que obligase á la casa de Braganza á renunciar su alianza con los ingleses, ó á unir sus armas á la Francia para plantear el bloqueo lusitano. El gobierno de Cárlos IV, apresuróse á obedecer quizá contra su voluntad, poniéndose de acuerdo con el embajador francés en Lisboa para intimar el rompimiento con Inglaterra. Negóse el príncipe regente á reducir á prision á extranjeros tranquilos, por ser contrarios á la moderacion y justicia que siempre le habia distinguido, por lo cual, y despues de un nuevo plazo de treinta dias sin conseguir otro resultado, partieron los embajadores de Lisboa, siendo esta la señal de la invasion.

No bien enterado Napoleon del resultado de las negociaciones, dió orden al general Junot, de pasar el Bidasoa con un ejército que tenia de observacion en los campos de Bayona, en número de 25.000 hombres, entrando la primera division en 18 de octubre, á pesar de las reclamaciones de Godoy, y siguiendo otras que fueron bien recibidas y festejadas en Búrgos y Valladolid. Más tarde, en 22 de Diciembre de aquel año fatal de 1807, penetraba el segundo cuerpo de ejército de la Gironda, compuesto de 24.000 infantes y 3.000 caballos al mando de Dupont; en 9 de enero de 1808 pisaban nuestro

territorio 25.000 infantes y 2.000 ginetes, capitaneados por Moncey, que llegó á los límites de Castilla, como si hubiera marchado por provincias francesas, hallándose por completo cubierto de soldados el camino de Burdeos á España, sin que nadie pudiera darse cuenta cual eran los propósitos de Napoleon, si la conquista de Gibraltar ó la dominacion del Estrecho. La ocupacion de Pamplona, la entrada de otro ejército fuerte de 12.000 hombres por la Junquera, que llegó hasta Barcelona, donde entró como aliado el 13 de febrero, y otros sucesos, siguieron á la embozada ocupacion de nuestro territorio. Una nota dirigida al príncipe de la Paz, interceptada el 24 de marzo, por la que se vió las nuevas exigencias de Napoleon, entre otras la de dar el Portugal á España é incorporar á Francia las provincias de la izquierda del Ebro, la formacion de un nuevo ejército en los Pirineos, fuerte de 19.000 hombres, sin contar 6.000 guardias imperiales al mando del mariscal Besieres, el nombramiento de Murat duque de Berg, para general en jefe de los 100.000 franceses que habia ya dentro del territorio español, despertaron al confiado gobierno, pensando en la resistencia y traslacion de la córte á Sevilla, acumulando en aquel punto cuantos medios de defensa se pudieran reunir. Este viaje no tuvo efecto, antes bien, complicándose los sucesos, creció la ansiedad y el ódio al favorito, repitiéndose los tumultos en Aranjuez ante la idea de partir la córte, que á la sazón se encontraba en aquella villa, llegando la noche célebre del 19 de marzo, en la que Cárlos IV colocó la corona sobre las sienes de su hijo Fernando. Este inesperado acontecimiento conmovió á Napoleon, que conocia la idolatría del pueblo español por Fernando; Murat en vista de los acontecimientos precipitó su entrada en Madrid, que efectuó con ostentacion, pero en el mayor silencio del pueblo, el día 23, y al siguiente hizo su entrada el nuevo rey, en medio de

un triunfo que no alcanzó jamás monarca alguno, como dice Toreno, testigo del suceso.

Aun eran un arcano para los españoles las intenciones de Napoleon, y si ciegos fueron en este punto los consejeros de Carlos, no lo fueron ménos los de Fernando, consintiendo en su entrevista con el emperador en Bayona, á cuyo punto y á pesar de haber declarado Napoleon que habian dejado de reinar para siempre en España los Borbones, con otras amenazas para que se cediese la Navarra y consintiese un camino militar á Portugal, cedió á la entrevista del rey Fernando con Napoleon, que ni él mismo creyó cuando le anunciaron el próximo arribo de Fernando. El pueblo, con ese conocimiento intuitivo que le caracteriza, comprendia ya perfectamente cuál era el pensamiento de Napoleon, y lo demostraba con hechos de oposicion á los franceses en Burgos, Toledo, y otros pueblos, y en Madrid silvaba al general Murat, cuando haciendo ostentacion de sus fuerzas, pascaba las tropas despues de la revista por las calles principales. Al fin llegó el dos de mayo, como dice el conde de Toreno, día de amarga recordacion, de luto y desconsuelo, cuya dolorosa imagen nunca se borrará de nuestro afligido y contristado pecho; pero día de inmarcesible gloria para el leal pueblo de Madrid, grito de guerra de un pueblo engañado, que repercutiendo de un lado á otro de la península, dió comienzo á la guerra santa de independencia, empezando la gran epopeya de la España moderna. Desde aquel día se iba á combatir en todas las ciudades, hasta en las villas más insignificantes, produciéndose á cada momento escenas de heroismo que solo le son dadas consumir al pueblo de Sagunto y de Numancia, á la nacion que perdida en el Guadalete, lavó su mancha en sangre, hasta clavar la bandera del crucificado en los muros de la antigua Granada, al pueblo que enseñó á Europa á morir por la independencia patria, lu-

chando solo desde el dos de mayo de 1808 hasta pisar en la garganta á las águilas napoleónicas en los campos de Tolosa, el 12 de abril de 1814.

La guerra de independencia era un hecho; España iba á hacerse campeón por segunda vez de la independencia y de la libertad de Europa, y el emperador que habia doblegado bajo su poder tronos y pueblos, habia de ser humillado en el pueblo ibero. Juzgando á la nacion por el gobierno, creyó en la pronta sumision de los españoles, y como dice un autor, Bonaparte manifestó no conocer ni nuestra historia, ni nuestros sentimientos, ni nuestro modo de existir; habíase formado una España completamente imaginaria. Encerrada nuestra nacion en sus fronteras y separada del movimiento revolucionario de Europa, no habia podido el poder absoluto borrar las huellas de su antigua independencia, conservando las creencias religiosas tan vivas como en los siglos pasados, creencias que cuando nacen de lo profundo del alma, encienden y sostienen vivo el sentimiento de la patria, siendo el lazo que unió siempre á estos pueblos españoles, haciendo de él un pais inconquistable. Por otra parte ¿cómo pensó Napoleon conquistar un pais ó subyugarle al menos, en que tan gran número de frailes habia como en el nuestro! desconocia el conquistador que los monges y los prelados fueron los caudillos principales que sostuvieron el ardor bélico español, durante la lucha de ocho siglos que nuestros mayores tuvieron, para arrojar allende el Estrecho al audaz sarraceno. Empero no sigamos juzgando las causas que hicieron fracasar los proyectos de Napoleon; el espíritu de independencia borra todas las diferencias que podian separar á los españoles, y las escenas del dos de mayo en Madrid, llevan á todas partes la indignacion, y el grito de guerra y venganza, se repite y resuena en las ciudades, en las villas, las aldeas y caserios. El viagero, dice el conde

de Toreno, que un año antes, pisando los anchos campos de Castilla, los hubiese atravesado por medio de la soledad y desamparo de sus pueblos, si de nuevo hubiese ahora vuelto á recorrerlos viéndolos llenos de gente, de turbacion y afanosa diligencia, con razon hubiera podido achacar á mágica transformacion mudanza tan extraordinaria y repentina. La historia no nos ha trasmitido ejemplo más grandioso de un alzamiento tan súbito y tan unánime contra una invasion extraña. Asturias renueva sus antiguos timbres de su sangre goda, Leon proclama á Fernando, Galicia se levanta como un solo hombre, Andalucía se subleva, València y Cataluña sigue su ejemplo, no siendo Castilla la que tarda más en levantarse, y el grito de independencia levanta las islas Baleares, haciendo las Canarias causa comun con la Peninsula. Los paisanos ó militares de profesion que en aras de su patriotismo se lanzaron á las sierras y las montañas á batir á los franceses, fueron los que sostuvieron la guerra cuando los ejércitos regulares casi no existian, por las derrotas que con frecuencia sufrían. Estos guerrilleros cuyas partidas crecieron prodigiosamente, si bien algunos cometieron desmanes por su indisciplinada gente, en cambio los servicios que prestaron son abono en su conducta, pues fueron la desesperacion y la maravilla de los franceses con su rara estrategia, sus inopinados asaltos, pasmosa movilidad y bruscas embestidas. La historia consignará siempre en sus páginas, los nombres de los guerrilleros Juan Diaz Porlier, llamado Marquesito; Bonovales, en Aragon; Juan Chevarri, el Empecinado, el marqués de Atalayuelas, el escribano Mir, Saturnino Albuin, el estudiante Mina, el cura Merino, el canónigo Acuya, el abad de Valladares y otros muchos.

¿Qué era de nuestra ciudad en dias de tantas amarguras y desolacion? desde que las tropas francesas ocuparon la capital de la monarquia, Alcalá fué presa del dominador, los fulgores de la ecatombe

del dos de mayo hicieron estremecer á los más animosos, que en vano sentían hervir la sangre española en sus venas. Al anuncio de la proximidad de los franceses todas las personas acomodadas abandonan la ciudad, la Universidad cierra sus aulas, muchos de cuyos estudiantes fueron á engrosar las filas de los guerrilleros, ciérranse los conventos de frailes y hasta las monjas, abandonando el claustro y algunas hasta mudando el hábito por el vestido seglar, huyen, quienes á refugiarse en los conventos de otros pueblos, quienes á esconderse en las casas de sus padres, habiendo comunidad que pasaron alguna noche escondidas en los montes cercanos, y otras refugiadas en los encerraderos de ganado. La ciudad de Alcalá presenta el aspecto de un sepulcro, de una ciudad encantada, todo está cerrado, ni el más leve ruido viene á perturbar tan triste silencio, pues fueron muy contados los que se determinaron á esperar la primera entrada de los franceses. Ya las fuerzas napoleónicas son dueñas del pueblo complutense, y en obsequio á la verdad histórica, no cometieron en los primeros años de dominación exceso notable, ni en la estancia de los cuerpos acantonados, ni en el paso de las divisiones que aquí hacían escala. Mas las lides de la guerra, que demostraban á Napoleon no conocer cuántos soldados son bastantes para arrancar la independencia al pueblo español, exasperaba á los invasores y daba aliento al pueblo español, y por otra parte las correrías de los guerrilleros, infundían ánimo en los más apocados, que ya no vacilaban en protegerlos. Corría el año 1811 y los habitantes de Alcalá, prestaban auxilio á los empecinados, como los franceses llamaban á todos los soldados de guerrilla. Era en aquel tiempo comandante militar de Alcalá D. Manuel Azloa, mayor coronel de caballería ligera, el cual, para evitar lo que ocurría respecto á los guerrilleros, hizo publicar el siguiente bando:

«D. Manuel Azloa, mayor coronel de caballería ligera y comandante militar de esta ciudad y su distrito. A los habitantes de Alcalá y sus arrabales.

»Desde mi llegada á este destino, ha sido uno de mis primeros cuidados el conocer por mí mismo el espíritu público, y he tenido ocasión de conocerlo.

»He visto que aunque hay un gran número de vosotros animados de amor al orden y deseosos de la tranquilidad, como de la felicidad de su país, hay una porcion mucho mayor que lejos de tener estos sentimientos, están engañados de sus ideas, y arrastrados por miras personales, se complacen en el mal, desatienden las órdenes del Gobierno, tienen juntas que llaman tertulias, donde se leen los papeles del Gobierno insurreccional, esparcen noticias falsas para alucinar al pueblo y lo que aun es más criminal, tienen inteligencia con los enemigos, los reciben en sus casas y los alojan en ellas. Esto sucede más frecuentemente en los arrabales.

»Yo vigilaré para reprimir esta conducta, así como protegeré á los buenos y amigos del orden, y sabré igualmente perseguir á los malos: aquellos cuya conducta se me haga sospechosa serán arrestados y conducidos á Madrid con mi informe, para que allí se les castigue en proporcion á su exceso, y á fin de evitar esto, exhorto y amonesto á todos, principalmente á los padres de familia, á que cuiden y celen sobre la conducta de sus hijos y criados, conformándose á las disposiciones siguientes:

»Artículo 1.—Los padres ó cabezas de familia me pasarán en el término preciso de tres dias, contados desde la fecha y bajo las penas que yo les imponga, una noticia de los hijos varones que tienen, con expresion de sus edades, el destino ó pueblo donde se hallan, qué ocupacion ejercen y los que tienen en su compañía.

»Artículo 2.—Iguales noticias pasarán en el mismo término, los
»vecinos de la ciudad.

»Artículo 3.—Ningun habitante de arrabal, recibirá ni alojará en
»sus casas á ninguno de los llamados Guerrillas, sin que sea escusado
»decir que la fuerza les obliga, pues que tienen á la mano los guar-
»das de las fogatas, para dar los avisos y recibir los auxilios que con-
»venga. La inobservancia de este artículo se castigará de un modo
»terrible al propietario honrado, pues á la menor noticia positiva de
»que yo tenga, que en una casa cualquiera del arrabal se reciba, al-
»bergue ó aloje aunque sea uno solo de los llamados guerrilla, haré
»irremisiblemente sin oír disculpas ni reclamacion, derribar cuanto
»edificio, casa ó choza pueda haber fuera del recinto de la ciudad.

»Los habitantes honrados y los propietarios que quieran conser-
»var sus propiedades, quedan encargados de celar y vigilar, que los
»mal intencionados no den lugar á esta séria providencia, pues ellos
»son los más interesados en que no tenga efecto; para que llegue á
»noticia de todos y nadie pueda alegar ignorancia, lo mando publicar
»por bando y fijar en el sitio acostumbrado. Alcalá 14 de Setiembre
»de 1811.—El comandante superior de la plaza y su distrito.—Ma-
»nuel de Azloa.»

En la forma que queda transcrito, fué presentado al corregidor el bando del comandante militar, para que fuese fijado en los sitios públicos. El ayuntamiento temió que, como consecuencia de aquel bando, el gobierno francés, calificando la ciudad de pueblo revoltoso, la impusiese una contribucion, decretase un saqueo ú otra iniquidad, y rogó no se publicase; empeño vano, si bien consiguió se pusiese en donde dice «Hay una porcion mucho mayor;» «Hay otros;» y quitase las expresiones de «tienen inteligencia con los enemigos;» publicándose lo demás conforme está.

Con menos tirantez por parte de las autoridades francesas, transcurrió el año doce para Alcalá, en don de se creia que no llegaría á ser teatro de los horrores de que habian sido víctimas otras poblaciones por los franceses, pero el coraje que hacia rugir á los invasores, sus ya notables derrotas y el convencimiento que abrigaban de no poder dominar al pueblo celtíbero, y la riqueza no desconocida para los franceses que Alcalá atesoraba aun en aquel tiempo, hizo concebir la idea de aprovecharse de tanto tesoro, y así que, en los primeros meses del año 1813, fué teatro la ciudad alcalaina de una de esas terribles hecatombes, tan propias de la guerra de conquista y de los ejércitos indisciplinados.

Amaneció el 21 de abril, y al anochecer llegaba á nuestra ciudad una division de 8.000 franceses al mando del general Sault (no el mariscal). Aquella division venia con su correspondiente cuerpo de artillería, y el Empecinado, el ilustre don Juan Martin, tuvo que retirarse, no sin que sus soldados sostuviesen una fuerte escaramuza con la vanguardia de aquel ejército, haciendo una brillante retirada, pues otra cosa no hubiera sido sino sacrificar inútilmente los soldados que mandaba el ilustre guerrillero, lanzándolos á pelear contra un ejército que tan pertrechado venia de artillería y demás útiles de guerra. Pero ¡ay! que las tienieblas de la noche cubren el espacio y envuelven en su negro manto la ciudad complutense, que ya presiente los horrores del saqueo.

Noche pavorosa y de horror, noche sin semejante en la historia de Compluto, pero que habia de ser imitada diez años más tarde en el memorable dia de San Lorenzo. Desesperados los franceses por no haber podido sorprender al Empecinado, diseminanse por toda la ciudad, y bien pronto el lúgubre resplandor de las hogueras donde aquella soldadesca arroja los muebles de las casas, ilumina espan-

tosas escenas de barbárie; el robo, el saqueo, la violacion y el incendio tienen lugar en todos los barrios de la ciudad, y las escenas brutales se suceden sin interrupcion; aquí muere á culatazos aquel que intenta resistirse ó aquel que creen forma parte de las guerrillas; siete casas en la calle Mayor, otra en la de Santa Ana, otra en la puerta de Madrid, tres en la plaza y otra en la calle Ancha, son saqueadas, y los muebles y los cuadros y los colchones de las camas, y todo aquello de que no pueden aprovecharse, es arrojado á la hoguera que arde en medio de la calle: y sus llamas se corresponden con la gran hoguera que consume el convento de la Merced, situado en la calle de Roma, y del que aun una buena parte no se ha edificado; de las casas pasa aquella chusma desenfrenada á los edificios públicos y á los conventos, siendo despojados de ricas alhajas, cometiendo toda clase de sacrilegios. En San Diego se ven las huellas del saqueo veinte años despues; san Felipe es despojado, entre otras cosas, de una magnífica colgadura de terciopelo, y del precioso retablo que cubria su frente principal, convirtiendo la iglesia en almacén de trigo donde depositan grandes cantidades; en la Madre de Dios desaparece el retablo, que era de singular belleza; la iglesia Magistral tambien es despojada de aquellas alhajas que por la necesidad del culto no habian podido ser escondidas; todos los conventos en general sufren las consecuencias de la invasion, y en especial el convento de san Bernardo, en cuya plazuela é iglesia colocan las piezas de artillería, y despues de robar la portería y cuarto del capellan, pidieron á voz en grito les abriesen las puertas de la clausura dentro de la cual suponian la existencia de muchas riquezas. Al efecto, tratan de forzar las puertas, y como éstas opusiesen bastante resistencia, rompieron el torno y por allí penetraron en el convento á la una de la noche, recorriendo gran parte del mismo sin que ha-

plasen á las monjas que ya estaban avisadas por el capellan y la familia del mismo, y el prior de los trinitarios calzados fray Cárlos Sanchez, que se habian refugiado en los tejados del edificio. Los soldados que penetraron en la iglesia, robaron el pomo de la Santa Uncion, y el Copon, arrojando por el suelo los Santos Oleos y las Sagradas formas, algunas de las cuales se encontraron pisadas y con los clavos de los zapatos señalados y otras hechas pedazos. Los soldados permanecieron en el edificio hasta las siete de la mañana, en que tocaron generala, y entonces fueron recogidas las consagradas formas por el citado prior Cárlos Sanchez Grande y el capellan don Blas Marquez, consumiendolas todas las partículas, pues casi ninguna estaba entera. Consecuencia de este sacrílego suceso, el vicario general de esta de Alcalá, don Serafin Dominguez, impetró y obtuvo bula de Su Santidad Leon XII, por la que se concede indulgencia plenaria á todos los fieles que confesando y comulgando, visiten la iglesia de monjas Bernardas el día 21 de abril de cada año, desde las horas primeras de víspera, hasta la puesta del sol de dicho día. Don Sebastian Martin Lopez, vecino de Torrijos y amo que fué de una monja llamada Sor Maria Prisca Gomez, entusiasta del Santísimo Sacramento, dió desde aquel tiempo cien reales anuales, para que el día 22 de abril se celebrase misa solemne en desagravio de lo sucedido, y más tarde legó al convento dos mil reales, con la obligacion de que la comunidad perpetuase la fiesta. De estos sucesos conserva el monasterio en un elegante cuaderno, una estensa relacion firmada por Sor Maria Josefa Cobo y Sor Maria Casilda Arroyo, que eran monjas en el dicho convento en aquellos dias de tribulacion, y las cuales escribieron la memoria de los hechos para conocimiento de sus sucesores, fechándolo en 1.º de Mayo de 1844, á continuacion de cuya certificacion, se lee otra reseña del mismo suceso sin mas

variacion que la del lenguaje, suscrita y autorizada por el rector de los trinitarios Recoletos en la villa de Toboso, ministro que fué de los calzados de Alcalá, fray Carlos Sanchez, y una certificacion de don Blas Marquez, y las declaraciones de los testigos de vista, Cristina y Francisca, Salamanca y Hermenegilda Pezanos.

En las relaciones de lo sucedido en el convento de las Bernardas, se da conocimiento de otro suceso relacionado con los franceses y que directamente iba contra las monjas del convento de santa Catalina, pero que si bien en este ultimo monasterio se conserva de tradicion la relacion del hecho, puesto que, segun afirma la priora actual, la humildad de las dos religiosas contra quienes principalmente se dirigia el atentado, no consintió en hacer de ello relacion escrita; ni en santa Catalina ni en san Bernardo, no se fija fecha del suceso y no lleva otra autoridad que la relacion de las monjas y la constante tradicion que ha llegado hasta nosotros y que nosotros mismos oimos referir á nuestros abuelos, que por aquel entonces tendrían próximamente veinticuatro años de edad. Hallábase, segun dicen, alojado en el palacio arzobispal el comandante militar francés, quien hubo de solicitar le cediesen, como lo consiguió, el convento de las Bernardas para cuartel, pasando á las monjas aviso para que saliesen inmediatamente. Refiere que la madre Cobo dijo á sor Maria Concepcion Lopez que se hallaba impedida: *Madre, ya nos van á echar, el comandante lo tiene ya conseguido*: Ella contestó: *No hay cuidado, no lo logrará, antes se morirá*. Era el dia de víspera del en que habian de salir las monjas, y el comandante se paseaba por la plazuela de delante del convento, gloriándose de su triunfo y sobre todo del proyecto que tenia de sacar en aquella noche, una hermosa y jóven monja del monasterio de Santa Catalina. Dice la relacion de las Bernardas que firman con testigos presenciales, sor María Josefa

Cobo y sor Maria Casilda Arroyo, que el comandante militar se fué á echar la siesta, encontrándole á la hora de despertar ya cadáver. La tradicion que en el convento de las Catalinas se conserva, y que nos ha suministrado noticia de ella la priora sor Antonia de Santo Domingo, es como sigue: Un dia (no fija cuál sea), penetraron en la iglesia de las Dominicas varios oficiales del ejército francés, y vieron en el coro dos jóvenes religiosas de singular hermosura, llamadas sor Teodora Matas Cavo, de Santa Rosa, y sor Josefa Roche, de la Encarnacion, de 24 y 26 años respectivamente. Aquellos oficiales, prendados de la hermosura de aquellas jóvenes, y ganosos de congratularse con el general, diéronle conocimiento de la existencia de las mismas, entrando el jefe en deseos de verlas y apoderarse de ellas. Trataron en la posada donde comian y durante la mesa, de los medios de que podrian valerse para conseguir su intento, y como no se recatasen al hablar del asunto, la criada ó posadera hubo de enterarse y fué sigilosamente á dar parte á las monjas de lo que ocurría. El general fué al locutorio del convento, donde le recibieron las monjas ancianas, sin consentir, á pesar de los ruegos y amenazas del francés, bajasen á la visita las monjas á quien buscaba, prometiendo entonces el general que iria á sacarlas por fuerza al dia siguiente, dando órden para que las tropas cubriesen la carrera desde el convento al palacio, á fin de que el hecho fuese más público y escandaloso. La repentina muerte del general, evitó el cumplimiento de sus desgraciados propósitos y las monjas glorificaron al señor por tan gran beneficio. Una de las monjas objeto de los amorosos deseos del comandante militar, vivió hasta el año 1844.

La noche triste en la historia de los tiempos modernos de nuestra querida ciudad, y en la que los franceses desahogaron su furor contra los indefensos de Alcalá, pagaron tambien su alevosia muchos de

los soldados entregados al desenfreno del saqueo; rara fué la vivienda en que uno ó quizá más de aquellos desgraciados no pagó con la vida el injusto ataque á un pueblo indefenso; los sótanos y los pozos, el rio y las norias de las huertas, sirvieron de tumbas donde muchos fueron arrojados vivos ó mal heridos. El guante se habia tirado al valiente Empecinado por centuplicadas fuerzas á las que él mandára, atacando y entregando á los horrores de un saqueo á una de las poblaciones que él protegiera y de la que á su vez habia recibido hospitalidad. Los franceses, orgullosos por haber hecho retirar al Empecinado de las tierras de Alcalá, si bien de una manera tan brillante que ellos mismos reconocieron y aplaudieron, pero cuyo triunfo, si tal pudiera ser llamado por alguien, no debe enorgullecer al que lo consigue por la superioridad numérica, les animó y quizá les hizo concebir y premeditar una sorpresa al valiente guerrillero, que lo destrozase completamente, y ésta en los campos alcalainos, donde en premio de su hazaña, se proponian apurar el botin que no pudieron consumir en la horrenda noche del 21 de abril.

Era el 22 de mayo de 1813, en que Alcalá iba á ser libertada de un nuevo saqueo por el heroismo del Empecinado. Hallábase este en Alcalá con las tropas de su mando, que formaban un total de 1290 hombres, todos de infanteria, cuando á las tres de la mañana tuvo noticia de la proximidad de los franceses, desalojando la ciudad sigilosamente y parapetándose en la embocadura del puente de Zulema y en los altos de derecha é izquierda, destacando algunas fuerzas al otro lado de la cuesta. Serian las cuatro de la madrugada cuando llegaron las tropas francesas, fuertes de dos mil cuatrocientos á dos mil seiscientos infantes, de trescientos á cuatrocientos caballos y de dos piezas de artilleria. Así que llegaron á la ciudad, viéronse contrariados por no haber podido sorprender dentro de la misma al ya

brigadier del ejército, el Empecinado, y enterados de la posición del mismo, salieron orgullosos al campo complutense á batir aquel puñado de españoles, amenazando á los vecinos con el saqueo, que una vez destrozadas aquellas pequeñas huestes, se prometían hacer.

No bien los rayos del sol iluminaban las frondosas riberas, cuando los primeros disparos anunciaban al consternado pueblo alcalaino el comienzo de la batalla. Batalla heroica, gloriosa y sangrienta; los franceses con las dos piezas de artillería, batían en brecha el puente, cuyo paso intentaron forzar dos veces lanzándose al asalto de las trincheras, que aquel puñado de valientes defendió con heroísmo; rechazando al enemigo y descendiendo de las alturas acometen á los franceses á la bayoneta y los llevan en precipitada fuga hasta el puente de Viveros, donde en vano recibieron el auxilio de trescientos hombres, dejando el campo cubierto de cadáveres, de donde se recogieron más de doscientos heridos, entre ellos dos coroneles. Tal fué la señalada victoria que el brigadier don Juan Martín, el Empecinado, alcanzó con un puñado de soldados de infantería, sobre tan fuerte y pertrechada columna francesa, salvando á la ciudad de Alcalá de la repetición de los horrores de que fué teatro un mes antes.

Don Juan Martín, el Empecinado, era natural de Castrillo de Duero, donde nació en 1775, dejando de existir en Roa en 1824. Levantó una terrible partida en 1808, que fué temible para los franceses, tanto en la provincia de Madrid, como en la de Guadalajara y otras, por lo que llegó á mariscal de campo, como luego veremos. Pasada la guerra civil militó en el campo constitucional, tomando activa parte en la proclamación de la Constitución de 1820, por lo que fué nombrado segundo cabo de Valladolid, y más tarde gobernador militar de Zamora, en cuyas provincias hizo sentir el peso de su espada á las partidas realistas mandadas por Merino.

Llegado el año 1823, el Empecinado dió á conocer que en nada habia disminuido su españolismo, pues afiliado á la causa de las Córtes, persiguió sin descanso á los franceses, que venian á implantar el gobierno absoluto, volviendo á ser el terror del aguila traspirenaica, empero la traicion de los generales puestos á sus órdenes, hicieron inútiles sus esfuerzos, teniendo que refugiarse en Portugal. Poco tiempo despues, é incautamente confiado, regresó á España, cuyas autoridades le dieron á elegir punto de residencia, dirigiéndose á Aranda y despues á Roa, donde encontró la prision, siendo condenado á la pena de muerte en garrote. Así paga la pátria á sus más fieles servidores; pero no, no es la pátria la que paga con la muerte los servicios que se la prestan: son los hombres que henchidos de la ira y la soberbia, y del espíritu de venganza, estinguen la existencia de aquellos que por su ciencia ó heroismo, les son superiores y les eclipsan.

Las manos del verdugo no aniquilaron la vida del Empecinado, pues éste al marchar cual si fuera un foragido, entre bayonetas, vió á su infiel esposa asida del brazo de un oficial realista, que presenciaba el fúnebre desfile; no pudiendo sufrir tal afrenta y enardecido de celos, rompe las esposas que ligan sus manos, y apoderándose de la espada del oficial, se apresta á lanzarse sobre la adúltera esposa, pero los soldados hunden sus bayonetas en el pecho del caudillo, y éste muere afrentado al ver la desgracia que le rodea. Así dejó de existir el valeroso don Juan Martin, á quien el pueblo de Alcalá considera como su libertador.

Volvamos despues de esta digresion al hilo de los sucesos que, relacionados con la invasion francesa, venimos refiriendo. El triunfo del Empecinado fué celebrado con júbilo indescriptible por los habitantes de Alcalá; triunfo que tuvo gran resonancia en toda la pe-

nínsula, y llegado el año catorce recibió el cabildo de la Magistratura un oficio del coronel Nicolás de Isidro, para que informase si la acción sostenida en el puente por el brigadier don Juan Martín, el Empecinado, era de las comprendidas en las que señalaba el decreto que establece la orden militar de san Fernando, debiendo hacer constar la notoriedad del suceso y los beneficios que resultaron al país, número de tropas extranjeras que combatieron y pérdidas que se las ocasionaron; todo lo cual debía probarse por certificación de los ayuntamientos y cabildos eclesiásticos. En virtud de lo comunicado al cabildo de nuestra Magistratura, éste remitió información de los hechos acaecidos en el puente de Zulema, en la cual se confirma la batalla tal como la dejamos descrita, y añade el cabildo que Alcalá se libró de un nuevo saqueo por este hecho de armas. Así lo confirmó y certificó la docta corporación eclesiástica de Alcalá, en doce de julio de 1814. No era bastante el reconocimiento, los dones y la gratitud demostrada al Empecinado, pues estos mueren con la persona, y hacíase preciso que la piedra ó el mármol perpetuasen el recuerdo de hechos tan gloriosos, para emulación de los hombres. Así lo comprendió Fernando VII, y decretó en 19 de enero de 1816, se construyese en el lugar de la batalla una pirámide de piedra, con la siguiente inscripción:

La ciudad de Alcalá de Henares dedica este monumento á la memoria de las valientes Tropas de S. M. el Señor Don Fernando VII, mandadas por Don Juan Martín, El Empecinado, Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos, en reconocimiento de haber salvado á sus moradores del saqueo y la muerte, arrollando y venciendo á los franceses la mañana del 22 de Mayo de 1813, que en doble número atacaron por este puente. El ayuntamiento de Alcalá llevó en breve á efecto la construcción de la pirámide conmemora-

tiva, y solicitó del monarca permiso para celebrar una función de gracias á las Santísimas Formas, el 24 de marzo de 1816. Dicha solicitud se tramitó en el mes de enero, y recibida la aprobación en 25 del mismo, juntamente con la orden en que se manifestaba ser del agrado del monarca, se formase por documentos justificados é informaciones de las corporaciones y comunidades una historia del suceso, la cual se habia de guardar y conservar en el archivo municipal; el alcalde ordinario don Domingo Antonio de Escuza, dictó providencia para que todas estas informaciones quedasen ultimadas y archivadas para el día 24 de Marzo, en que habia de tener lugar la función de acción de gracias á las Santas Formas, en la víspera de cuya festividad no solo vió Alcalá rendir á los franceses por un puñado de valientes, sino que no volvió más á ver dentro de sus muros los soldados invasores. Esta festividad tuvo lugar en la Santa Iglesia Magistral, el día 24 de Marzo de 1816, con asistencia del Ayuntamiento y comisiones de todas las corporaciones que entonces habia en Alcalá. En esta fiesta votiva, dijo el sermón el Maestro D. Pedro Francisco Oñero, racionero y director de sagradas ceremonias de dicha Santa Iglesia Magistral, y capellán del convento de monjas carmelitas de la Imágen: el tema que desarrolló en su panegírico fué el siguiente: *Protegam urbem hanc, et salvabo eam propter me*. El discurso pronunciado por el ilustre racionero llenó los deseos de la municipalidad, dejando oír trozos de verdadera unción evangélica, al lado de otros de acendrado patriotismo, sacando consecuencias lógicas de los sucesos, para alabar al Omnipotente, que lleva el triunfo á las armas que defienden las causas justas.

En el año en que tuvieron lugar las escenas de horror y de heroísmo de que fué teatro nuestra ciudad, se imprimió en Alcalá en la oficina de Manuel Amigo, impresor de la Universidad, un folleto dedica-